

Mensaje para el Día Mundial del Libro del año 2005 en Castilla-La Mancha

"Otros se jactan de los libros que escriben. A mi me enorgullecen los que he leído". Cuando leía esa frase de Borges sentí el orgullo del lector de libros. Sentí, además, orgullo por algunas imágenes que enriquecen a mi memoria, y cuyos protagonistas son los seres humanos y los libros. Mi abuelo paterno, que trabajó desde la infancia hasta la muerte y que nunca se jactó de leer de corrido, sonreía con orgullo cuando yo leía alguna página de un libro: ¡Su nieto, tan chiquitín y ya leyendo de corrido, estaba destinado, pues, a dar lustre al apodo de la familia! Mi padre, satisfecho de ver sobre el tablero de mi mesa de adolescente una barbaridad de libros, ¡por lo menos cuarenta!, lo que me acorazaba contra las escoceduras de la vida y me adiestraba para habitar con energía en el interior de la Historia. Mi abuela María Luisa, la que conocía oraciones y jaculatorias secretas con las que curaba el mal de ojo y el mal de asiento a los niños del vecindario y a los animales domésticos, alentándome a leerle poesías que tal vez memorizaba para curar con ellas los sabañones, los eccemas, el sufrimiento de la encía, la carraspera de las gargantas sobresaltadas por el enfriamiento... Mi maestro don Pablo de la Calle, que en el Instituto nos leía en las tardes de los viernes de otoño las páginas más divertidas del Quijote para que la melancolía otoñal huyera con espanto y los alumnos nos retorciésemos de risa con las desventuras de aquel manchego medio pirao, pero valiente como un león, primogénito de la justicia y recto como los que cierran un trato estrechando sus manos.

Sin libros, sin rectitud y sin justicia no se puede vivir. Esta sentencia fulminante no la pronunció el sabio Salomón, ni los clásicos griegos, ni Séneca el rentista, ni Shakespeare el innumerable, ni Cervantes el único, ni el vertiginoso Fiador Mijailovich Dostoiewsky, ni el genio don Antonio Machado: modestamente, ha sido servidor de usted quien ha llegado a esa conclusión irrefutable. Lo que equivale a asegurar que no se puede vivir sin El Quijote. Y no sólo en La Mancha: en cualquier lugar de este mundo. ¿O alguien sería tan ingenuo y tan desprevenido como para conjeturar que ese libro se ha traducido a casi todos los idiomas de nuestra especie por capricho, por estar a la moda, o hasta por no sentir vergüenza cultural y espiritual? De ningún modo: es que en todas las comunidades de la Tierra los niños necesitan reírse admirados ante los coscorriones que colecciona el héroe, y todos los adultos y ancianos del planeta necesitan la prueba de que la rectitud y la justicia, y la risa y las lágrimas, son ingredientes completamente imprescindibles para que esta vida conserve la dosis de prodigio con que empezamos a vivir cuando nos parió nuestra madre. ¡Qué suerte, ser parte de la



comunidad en donde nació un libro que les ayuda a ser prodigiosos a los seres humanos que se hospedan en este mundo! ¡Qué suerte la de nuestro idioma, ser la posada en donde los viajeros de todo este planeta pueden beber un vaso de innumerable genio! ¡Madre mía, qué suerte! ¡Y por si fuera poco, El Quijote es el más grande de los libros, pero junto con él hay un ejército de libros admirables que avanzan para defendernos a todos!

Félix Grande